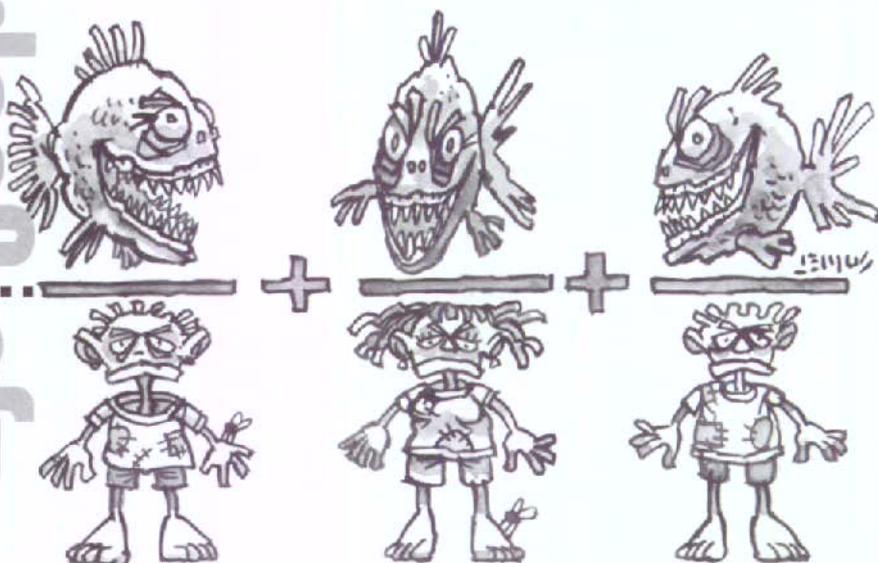


Demetrio Boersner

Eje geopolítico

Colombia,
Venezuela
y Brasil



El marco estratégico

El conflicto interno de Venezuela se enmarca en la problemática de un mundo dominado por los temas de la guerra contra el terrorismo y del incierto porvenir de la economía. En ese contexto, el norte de Sudamérica constituye un área crítica e inestable, donde el paradigma mundial predominante (globalización liberal con democracia representativa) es objeto de serios cuestionamientos por parte de fuerzas sociales y políticas percibidas como "de izquierda".

Desde la caída del muro de Berlín hasta la llegada a la presidencia norteamericana de George W. Bush, las potencias occidentales mostraron una suerte de amnesia con respecto al co-

munismo o colectivismo autoritario. Acogieron ideas pueriles sobre un "fin de la historia". El Consenso de Washington se basó en análisis macroeconómicos y geoestratégicos superficiales. Las potencias no comprendieron que, aún después de la caída del deteriorado "modelo" soviético, el ansia humana de justicia social y la protesta popular contra desigualdades y exclusiones, hipócritamente justificadas en nombre de la "libertad" y la "reforma", iba a permanecer y buscar expresiones nuevas. Hoy, la protesta de los excluidos o frustrados abarca un amplio espectro, desde el terrorismo fundamentalista hasta la acción sindical y política socialdemócrata, pasando por un resurgimiento parcial del colectivismo autoritario y del tercermundismo radical.

Los hechos del 11 de septiembre de 2001 impulsaron a las potencias a reconocer que el mundo periférico o en vías de desarrollo generaba peligros y desafíos adicionales a los problemas ya identificados, tales como el narcotráfico, la corrupción y las presiones migratorias. El terrorismo y otras formas de violencia subversiva siguen existiendo y, hoy como antes, en ciertos casos se vinculan a corrientes ideológicas o programáticas derivadas de la tradición comunista estalinista. Esto lo venía señalando, aún desde antes del 11 de septiembre, la doctora Condoleezza Rice, asesora de seguridad nacional del presidente norteamericano, politólogo e internacionista originalmente especializada en soviología. En la región de Sudamérica septentrional, el Plan Colombia con sus proyecciones hacia el área andina y hacia el resto del subcontinente representa la primera iniciativa concreta de las potencias del norte para encarar el posible reto de un neocomunismo centrado en un eventual bloque geopolítico compuesto por Colombia, Venezuela y Brasil, con el apoyo de Cuba. En el marco de esta confrontación estratégica internacional, las fuerzas de centroizquierda, deseosas de combinar el avance hacia la justicia social con el respeto a la libertad, se encuentran —como tantas veces anteriores— en posición difícil e incómoda.

Colombia: búsqueda del centro

Para Colombia, la solidez de la estructura social heredada de la Colonia ha sido fuente de beneficios y también de traumas. Los conflictos civiles que sufrió durante el siglo diecinueve y comienzos del veinte la sacudieron brutalmente, pero no resultaron en una verdadera destrucción de sus élites tradicionales, como ocurrió en Venezuela a raíz de la guerra federal. Como resultado de ello, por una parte Colombia dispone de una capa dirigente culta y eficiente de padre en hijo des-

de generaciones atrás, aunque por la otra le faltó la movilidad social y el sentido igualitario que en Venezuela durante largo tiempo suavizó tensiones y alentó la armonía. Hasta 1948, la sociedad colombiana presentaba una estructura rígida: tanto del lado conservador como del liberal, las élites político-culturales controlaban sus respectivos contingentes populares adoctrinados y encuadrados. Pero a partir del estallido de violencia provocado por el asesinato de Gaitán, la lucha política controlada desde arriba ha sido sustituida por una lucha social que sirvió de base para la formación del movimiento subversivo actual: las guerrillas liberales de hace medio siglo han sido sustituidas por guerrillas marxistas-leninistas-castristas.

Por otra parte, la sociedad colombiana en su conjunto ha experimentado una gran democratización desde 1960 en adelante. El auge del narcotráfico, con todo lo que entraña de criminal y de nefasto, sirvió de estímulo objetivo a la diversificación del desarrollo económico del país. La sierra perdió su tradicional hegemonía mientras surgían nuevos núcleos de progreso y de prosperidad en la costa y el llano. La dinámica modernización económica de los últimos cuarenta años abrió oportunidades a “los de abajo”; surgieron nuevas élites empresariales de extracción popular; las jerarquías sociales se volvieron flexibles.

Lamentablemente, este significativo progreso no estuvo acompañado de la formación de un movimiento político coherente de centro o de centroizquierda, capaz de expresar y de encausar cabalmente la transformación burguesa democrática que, de hecho, está viviendo el país. Tanto el conservatismo como el liberalismo dieron origen a líderes y a tendencias que apuntaban en la dirección señalada, pero no nació de allí el gran movimiento necesario. Por ello, sigue planteada la amenaza de la polarización entre extremos de derecha y de izquierda,

rechazados por la gran mayoría de la población pero hasta ahora sin el necesario contrapeso político centrista. Mientras éste no aparezca, la presencia política y militar de las potencias del norte a través de un Plan Colombia en vías de ampliación será inevitable.

Brasil: nacionalismo y anhelo de justicia social

En los actuales debates intra-latinoamericanos sobre el futuro de la región y la conducta que debería asumir ante el mundo externo, Brasil es el país que, de la manera más persistente y razonada, defiende la opción “nacionalista”. Entendemos este término un tanto “demodé” como: el anhelo de que la “gran nación” constituida por Sudamérica en su conjunto defienda su identidad cultural y política y utilice su poder estatal para garantizarse un puesto propio y autodeterminado dentro de la globalización liberal que emana, irreversiblemente, de las potencias del norte.

Este sentido autonomista que manifiesta el Brasil, aunque en épocas pasadas a veces lo disfrazó de obsecuente colaboración con factores externos, sin duda refleja el hecho de que ese país posee un empresariado privado nacional avanzado y consciente.

En cambio, Brasil presenta una situación social precaria y conflictiva que no guarda relación con su nivel económico y tecnológico de punta. En las áreas rurales, los propietarios han venido resistiendo a los intentos de efectuar reformas agrarias. En el medio urbano e industrial, la relativa debilidad y división de los sindicatos ha impedido hasta ahora la generalización de negociaciones tripartitas. El izquierdismo radical que hasta hace poco mostraba el Partido Trabalhista (Laborista), combinado con su debilidad organizativa de base, hizo que el empresariado no lo mirara como socio negociador sino como adversario irreductible y, en ciertas provin-

cias, negligible. En el medio rural, el Movimiento de los Sin Tierra causa alarma por su discurso castrista y sus invasiones y ocupaciones de fincas. Al igual que en Colombia, hasta el presente no ha logrado consolidarse un gran movimiento de centro o centroizquierda que en forma democrática y efectiva concilie los anhelos de crecimiento económico con los de justicia social.

El presidente Henrique Cardoso ha intentado, con perseverancia y sinceridad, construir ese gran movimiento de centroizquierda en torno a su Partido Social Democrático. Por su parte, el candidato presidencial trabalhista Luiz Inácio da Silva (Lula) ha dado un viraje de su anterior izquierdismo radical hacia una posición esencialmente socialdemócrata que compite con la del partido gobernante. Su programa de gobierno es ligeramente más socializante que el del candidato oficialista Serra, pero no llega a plantear expropiaciones ni nacionalizaciones. En materia exterior, no plantea el rechazo a la globalización, sino el deseo de humanizarla y ponerla al servicio de los pobres. Tampoco muestra ninguna hostilidad hacia los Estados Unidos como potencia predominante ni propone crear bloques tercermundistas rebeldes.

Sin embargo, Lula no controla totalmente a sus copartidarios, y no cabe duda de que entre ellos siguen abundando los promotores de fórmulas neocomunistas. El PT forma parte del Foro de Sao Paulo, alianza de fuerzas revolucionarias latinoamericanas de inspiración estalinista o castrista. En un plano más democrático y de vigencia social positiva, la gobernación trabalhista de Porto Alegre sirve de anfitriona y factor de estímulo al Foro de Porto Alegre que reúne a los movimientos sociales que, internacionalmente, hacen oposición al actual modelo de globalización dominada por los intereses corporativos transnacionales.

Lula se encuentra, pues, en un punto intermedio entre la socialdemocracia y el izquierdismo extremo. Su inclinación personal y su buen sentido político lo inclinan hacia la primera de esas opciones. La situación mundial y el reciente viraje colombiano hacia la derecha democrática sin duda lo alientan en esa actitud. Pero existe otro factor, posiblemente de perturbación, localizado en Venezuela.

¿Futuro fiel de la balanza?

Localizada como está en el centro del eje geopolítico de Sudamérica septentrional, Venezuela debería desempeñar el importante papel de fiel de la balanza entre una Colombia volcada hacia la derecha antisubversiva y un futuro Brasil posiblemente lulista. Si nuestro país tuviese, como en su mejor época pasada, una democracia sólida, de libertad política combinada con esperanzadoras medidas de equidad social, defendida por fuertes organizaciones políticas y sindicales centristas, podría ejercer una decisiva influencia moderadora entre derecha e izquierda y contribuir a que la vigilancia de la potencia externa resulte redundante.

La orientación de un eventual gobierno de Lula en Brasil dependería en buena parte de la naturaleza del vecino régimen venezolano. Con un Chávez en el poder, rodeado de voceros del neo-estalinismo, la extrema izquierda brasileña se sentiría alentada para exigir a su jefe que retorne a sus antiguos planteamientos extremistas y actúe en pro de una subversión generalizada del continente. En cambio, si estuviese flanqueado de una Venezuela políticamente moderada, Lula estaría en capacidad de convencer a sus copartidarios de la conveniencia y necesidad de una línea eficaz y sensata de nacionalismo negociador y de promoción de una democracia social que respete la libertad de la persona humana.

Localizada como está en el centro del eje geopolítico de Sudamérica septentrional, Venezuela debería desempeñar el importante papel de fiel de la balanza entre una Colombia volcada hacia la derecha antisubversiva y un futuro Brasil posiblemente lulista. Si nuestro país tuviese, como en su mejor época pasada, una democracia sólida, (...) podría ejercer una decisiva influencia moderadora entre derecha e izquierda y contribuir a que la vigilancia de la potencia externa resulte redundante.

Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela